

ministra pruebas nada equívocas de la divina providencia. Las criaturas inanimadas sirven á las que estan dotadas de espíritu, para las cuales sin duda há sido criada la infinita variedad de los demas seres.

Pero el hombre principalmente debe mirar á Dios como al autor de todo lo que constituye su naturaleza, y de la relacion que existe en las cosas naturales y su propia felicidad. Su piedad reconoce con alegría y con incesantes acciones de gracias, una mano benéfica que aleja de él los infinitos males de que se halla amenazado. La física, la fisiología, y la psicología, no menos que la historia, abundan de pruebas sin réplica de la providencia. La mayor y mas sólida ventaja de la filosofía está en hacernos conocer algun tanto de la divinidad, principalmente bájo la benéfica cualidad de un padre lleno de prevision que ama al hombre mas que el hombre puede amarse á sí mismo.

181. La union sobre todo que Dios há establecido entre el hombre y sus semejantes, es una de las señales menos equívocas de la providencia que vela en su bienestar. El atractivo de los dos sexos siempre es el mismo. El orden una vez establecido para el nacimiento, para la vida y para la muerte, jamás varia: ni aún há sido posible turbarle por las guerras, las desolaciones, y la locura de los hombres, tantas veces industriosos para imaginar los medios de su destruccion.

Dios convierte en provecho de la sociedad los designios perversos, expresamente dirigidos á disolver la union que debe reinar entre los séres racionales. Piensa un hombre no vivir sino para sí solo, y quando mas entregado está á esta ilusion, para él tan agradable, vive para los demas, y se hace útil á la sociedad sin saberlo, y en cierto modo á su pesar. Cree otro con muy buena fé que solo vive, y se emplea en beneficio de la sociedad, y al cabo ob-

serva que há trabajado para sí mismo.

El hombre que solo busca en el brutal empleo de sus sentidos la satisfaccion de sus apetitos desarreglados, sirve para sostener la industria ; el avaro junta tesoros para un heredero pobre ; las guerras proporcionan el trato con pueblos desconocidos ; las derrotas instruyen á los vencidos y les sirven de correccion : llega por fin á hacerse la paz, nuestros enemigos empiezan á tener relaciones con nosotros por medio del comercio, estrechando de este modo con la recíproca comunicacion del producto de las artes, los lazos de esta nueva asociacion.

182. Pero un Dios infinitamente bueno, é infinitamente sábio ; cómo permite exista una porcion tan considerable de infelices ?

El hombre, nacido para su felicidad, solo debe echarse en cara á sí mismo la verdadera causa de su desgracia. La providen-

cia le proporciona medios para su recto proceder, y recursos contra el error, para impedirle los funestos extravíos que puede padecer en el camino de su felicidad.

Pero esta respuesta no se presenta absolutamente convincente á aquella pregunta filosófica. Es preciso, para hallar la tal, estar animados de una intencion mas resta que la que comunmente se nota en nuestros talentos. De este modo confesarémos la insuficiencia de nuestra razon, por la cual misma nos es posible concebir necesaria una revelacion, única capaz de conducirnos á conocer verdades sobre la naturaleza divina, las cuales sean á propósito para evitar el error, pero que jamás aprenderémos por sola la contemplacion de la naturaleza.

T. »Entonces examinaremos los caracteres de esta revelacion, los fijaremos, y podremos así determinar los verdaderos objetos revelados. Entonces observaremos la

doctrina de todas las religiones, adornada de una fingida revelacion, lo que será para nosotros una prueba evidente de haberla reconocido los hombres siempre por necesaria; puesto que no las miras políticas sino las consecuencias de una religion natural cuando menos, han sido la causa menos culpable de las mas falsas doctrinas religiosas. Entonces veremos los distintivos peculiares de la verdadera, la cual solo hallaremos entre los cristianos. Entonces en fin no podremos menos de prorumpir en lágrimas de la mas sincera alegría en reconocimiento del incomparable beneficio que nos há hecho la providencia con la santa doctrina que Jesu-Cristo dejó depositada sobre la tierra.»

183. Dios no há adornado al hombre de todos estos dones, como á una simple máquina. Si una parte de bienes tan apreciables es independiente de su poder, y hace parte de su naturaleza y de su esencia, hay otra por el contrario dejada ab-

solamente á su cuidado, á su inteligencia y en una palabra á su libertad, cuyo fin y límites conocerá en las condiciones que el ser supremo le manifiesta para poder llegar á la perfecta felicidad que le está destinada.

Obedecemos á Dios siempre que conformamos nuestras acciones á las reglas de conducta dictadas por su infinita sabiduría. Si el hombre en todo obedeciese al criador, su estado moral seria perfectamente conforme á los designios de Dios, y por consiguiente bueno, y el mas á propósito para proporcionarle cantidad muy considerable de los mas puros y sólidos placeres.

T. »Pero como semejante conducta sea incompatible con nuestra imperfeccion, el mismo señor nos proporciona un socorro sobrenatural en la gracia cuyo influjo y efectos son tratados sábiamente por los teólogos dogmáticos.»

184. Dios exige de nosotros la obediencia, no por que pueda dar con ella un grado de aumento á su felicidad, sino á fin de que en su observancia encontremos nosotros la nuestra. El ser soberanamente perfecto, eternamente el mismo en el número y la armonía de sus atributos, jamas puede adquirir el mas mínimo motivo de placer por la operacion de seres débiles que no tienen otras fuerzas que las que han recibido de la suya suprema y absoluta. El es independiente y en consecuencia se basta á sí mismo. Yo tengo por mas dignos de nuestra lástima que de nuestra irrisión á los infelices paganos que creían á la divinidad, capaz de envidiar las dichas de los humanos. La envidia es una debilidad ¿de que tendrá envidia el que todo lo puede, y en cuya mano está absolutamente la felicidad y la desgracia?

La felicidad de Dios, considerando á este como dependiente solo de sí propio, no teniendo necesidad de ninguna causa ex-

terior para ser eterno, y de ningun modo susceptible de aumento ni de disminucion en sus perfecciones nos dá la idea de la magestad soberana la cual es tan propia de la divinidad que no puede convenir ni al mundo entero, ni á ninguna de sus partes, por perfecta que sea. Así es injuriosa á la divinidad la comparacion que de ella se hace con los medios necesarios para hacer respetable la magestad de los príncipes, teniéndolos por iguales á los indispensables para dar á respetar las perfecciones infinitas del ser soberanamente feliz.

T. »La adulacion siempre incomoda á los espíritus justamente delicados, pero horroriza á todo hombre bueno, cuando intenta colocar lo humano en el sitio destinado solo á la divinidad.»

185. Si Dios pues ha querido que el hombre hallase en la obediencia una fuente de verdaderos placeres que le fuese imposible adquirir por otro medio (183), es

evidente que todos los preceptos divinos son otras tantas indicaciones del verdadero camino de nuestra felicidad. Por esto el Salvador decía á sus discípulos que *era dulce el yugo que les imponia, y su carga lijera.*

186. La inexplicable bondad de Dios, que siendo él mismo su propia felicidad, hace sin embargo tantas y tan maravillosas cosas por la del hombre, no puede menos de inspirarnos una grande confianza, y un vivo amor. Nuestra obediencia al criador nunca puede ser ciega, porque debe estar apoyada en la firme persuasion de que solo se presta al bien, y se rehusa al mal, siendo siempre un padre benéfico y lleno de ternura el que nos concede ó niega lo que le pedimos. Esta confianza es la que anima al hombre y le obliga á dirigir á Dios sus oraciones, que no son otra cosa que el deseo de recibir los beneficios del criador junto á la esperanza de obtenerlos de su bondad y de su sa-

Biduría.

Nuestro interes y no el de Dios nos manda orar con la boca y con el corazon (193). *T. y es engaño muy perjudicial el que padecemos cuando nos consideramos acreedores á ser escuchados por el ser supremo por la mera pronunciacion de las palabras.*

187. La perfeccion del amor de Dios consiste en hallar su placer únicamente en procurar agradarle. El hombre no es susceptible de otro amor puro, pero en este halla el verdadero amor de sí mismo (96).

188. Si *Dios* es infinitamente sábio, y bueno tambien *es infinitamente verdadero y justo*. La veracidad consiste en tener cuidado de no inducir á otros á un error peligroso, y en manifestarles nuestras intenciones, cuando de saberlas puede resultarles un verdadero interes. Solo aquel que es infinitamente sábio, y á quien no está oculto nada de lo venidero, puede manifestar lo que el hombre debe conocer ó

ignorar, dándonoslo á entender de un modo claro y proporcionado á nuestra limitada inteligencia por medio de ciertas reglas que siendo divinas no pueden menos de ser ciertas y evidentes (28).

189. *La justicia de Dios* es aquella parte de su perfeccion absoluta que se emplea en proporcionar los medios mas propios para mantener las reglas que ha establecido en beneficio del ser inteligente, é impedir la alteracion de este órden tan sábio como maravilloso, los cuales no pueden decir contradiccion con su infinita bondad y sabiduría, por que es imposible sean opuestos entre sí los atributos divinos.

Es muy natural temer la justicia de Dios: esto quiere decir que tenemos aversion á un estado que ya preveemos será privado de bienes y expuesto á males, solo por que desagrada al supremo Señor. Semejante temor en nada es opuesto, antes debe ser considerado como consecuencia y efecto del amor que le profesamos.

A la verdad es muy natural concebir un miedo doloroso de desagradar á aquel á quien se respeta, á quien se quiere, y de quien se han recibido grandes beneficios.

La bondad y la sabiduría de Dios re-
prueban en cierto modo el temor sin amor.
Este vicioso sentimiento solo puede pro-
ducir la superstición, opuesta al bien, fuen-
te del error, del fanatismo y de la cruel-
dad; males todos muy á propósito para
causar la destrucción de la sociedad (172).

190. Estas nociones acerca de los prin-
cipales atributos del ser supremo bastan
para hacernos conocer lo que es la reli-
gion, y cuan estrechamente unida está con
nuestra felicidad. *La religion*, considerada
en el hombre, es el conocimiento de Dios
junto con el deseo de conocerle mas, y de
vivir de un modo conforme con la idea
que se ha formado de él nuestro espíritu,
definicion que en nada se diferencia en la
realidad de la que dan algunos diciendo
que la religion es la gloria de Dios ma-

nifestada, por que esta dá á entender una relacion entre los atributos divinos y el conocimiento que de ellos tienen los séres inteligentes. Manifestar la gloria de Dios, ó glorificar á Dios obrando conformes á esta gloria no es otra cosa que sacar del conocimiento de sus atributos, y sobre todo de su voluntad, un motivo preponderante para obrar en todo segun conviene á nuestra felicidad. Asi el que hace todos sus esfuerzos para conocer mas y mas la naturaleza divina, el que adora á Dios, el que le ama, le obedece y pone en él su confianza, le honra por un culto mezclado de temor y de amor, y procura agradecerle en un todo; este tal cumple con los principales actos de la religion que son otras tantas fuentes fecundas de puros, sólidos, y verdaderos placeres.

191. La religion interior consiste en los actos del alma : se divide en natural y revelada. Aquella comprende quanto puede descubrir la razon por la contemplacion

de la naturaleza; esta es su confirmacion y perfeccion que Dios ha dado á los hombres por medios sobrenaturales. (182).

Solo una abstraccion metafísica puede suponer religion interior separada de la exterior, ó al contrario.

T. »El conjunto de actos externos que sirven para manifestar los sentimientos religiosos de nuestro espíritu, ó sea el verdadero cuerpo de doctrina legítimamente adoptado sobre la naturaleza y voluntad de Dios, y el modo de conformarse á ella, es efecto indispensable del necesario deseo que nos anima de manifestar á todos nuestros semejantes las ideas que ocupan nuestro espíritu, á no ser que queramos exceptuar á la religion de la regla general que observamos en todos nuestros conocimientos.»

Todo acto exterior producido por nosotros con el designio de seguir la intencion de la providencia ó de conformarnos á su voluntad, es un verdadero acto

de piedad, y parte de la religion exterior. Por esto no debe reputarse tal ninguno de aquellos que queremos disfrazar con tan sagrado nombre, sin embargo de ser opuestos á su espíritu, el cual proscribe absolutamente cualquier proceder discorde á las reglas de nuestra felicidad; por ser imposible su contradiccion con ellas, proviniendo ámbas de un mismo divino autor.

No todo el que se dice celo de la gloria de Dios es grato al ser supremo. Este solamente admite el verdadero que aborrece toda especie de maldad, que conduce á la dulzura, que compadece á los extraviados, y que no emplea otras fuerzas que las de la suavidad y de la razon para instruir, y grangearse la confianza de aquellos desgraciados que se hallan en el estado de la ignoerancia ó del error. La verdadera religion debe unir los hombres en lugar de separarlos.

T. *»Jesu-Cristo mismo repitió esta máxima y la confirmó con su ejemplo.»*

192. Entre las acciones que tienen por motivo principal la religion, hay algunas cuyo único fin es llenar el alma mas y mas del conocimiento de Dios por la meditacion de sus divinas perfecciones (172) é inflamar su piedad y su amor por el continuo pensamiento en sus beneficios (187) Todo quanto el hombre hace precisamente con este objeto procurando excitar en sí mismo las nociones mas vivas de su relacion con la divinidad, se llama *culto divino*.

193. Es tal la union del alma con el cuerpo que no solo se vé precisada á valerse de él para manifestar á los demas sus pensamientos, sino tambien para darles la claridad, la consistencia, y en cierto modo la vida. Esta es la causa de la necesidad que tiene el hombre del *culto exterior*, el cual nada significa si no se presenta como una verdadera demostracion del interno (191). Un término tan respetable no puede ser empleado sin profanacion en dar la idea de un culto que no tiene otro

objeto que la ostentacion, un culto hipócrita, vano, superficial, sin ningun sentimiento de piedad, y que solo consiste en gestos ridículos, ó en movimientos puramente maquinales de un autómató.

T. »Si la ignorancia puede disculpar algun tanto estos defectos en los que los ejecutan, la sagrada potestad del santuario nunca los aprobará en aquellos que deben dirigirlos. Recorramos sino los fastos de la historia y detengámonos en esta parte en los concilios y decisiones de la iglesia católica.»

Todo culto, tanto interno como externo, contribuye al aumento de nuestros verdaderos placeres, de donde se infiere cuán amable se presenta la religion revelada bajo cualquier aspecto que se la mire.

SECCION SÉPTIMA.

De la virtud.

194. Hay una distancia infinita entre la felicidad destinada al hombre, y aquella

que Dios no ha dejado de gozar y de la que gozará eternamente. La felicidad del ser supremo es sin mezcla alguna, siempre la misma, de ningun modo susceptible de aumento ni de disminucion, é incapaz de la sucesion mas mínima. Ella es el efecto necesario del conocimiento absolutamente perfecto que tiene el mismo señor de la union omnimoda de sus decretos con sus atributos. Pero la felicidad del hombre es tan limitada como su naturaleza, y los términos que la circunscriben deben corresponder al designio del criador en la construccion del universo. Estas dos causas dan la razon fundamental de no llegar de una vez el ser racional al fin de la felicidad que le está señalada, y por consiguiente del aumento y de la disminucion de que es susceptible segun el orden establecido por la providencia.

Una parte de esta felicidad depende de las causas naturales, es decir, de la cons-

titucion interior del hombre, y de la union que tiene con las demas criaturas: la otra (fuera de los dones que la providencia dispensa á cada uno) depende de la conformidad de nuestras acciones libres con las reglas hasta aquí establecidas, y es de la que vamos á tratar.

195. Una vida mezclada de acciones buenas y malas no es suficiente para ser verdadera, y constantemente feliz. Estas vicisitudes de bien y de mal son contrarias á la armonía constante que debe reinar entre nuestras acciones y nuestros deberes, y sin la cual nos figuramos vanamente conseguir nuestra felicidad. Quanto mas agradable y sembrada de verdaderos placeres es nuestra vida, tanto menos motivos de arrepentimiento nos ofrece en su curso, por dilatado que sea. Por eso es sin duda alguna la mas envidiable, la de aquel que siempre procede conforme á las reglas aplicado á hacer el bien con perseverancia y sin la menor inter-

rupcion. No se puede decir que es feliz un hombre bueno en algunas ocasiones, asi como no se asegura que está en completa razon aquel que solo tiene algunos lucidos intervalos. La mas lijera oposicion entre el deber y la conducta produce malos efectos que nos privan de ciertos bienes, y nos ocasionan almenos algunos pesares, que siempre que se experimentan resulta un cierto menoscabo de nuestra felicidad.

196. Los únicos medios que tiene el alma para llegar á esta constante armonía, para ella tan necesaria, son conformar siempre sus determinaciones con las reglas prescritas por Dios (29) y no admitir para ello sino motivos nobles, profundos, tales en fin que tengan la fuerza y eficacia suficientes para moverle á elegir siempre lo que le conviene.

197. Hasta aquí hemos examinado las reglas de nuestras acciones; ahora veremos los motivos mas nobles, y el modo

de hacerlos mas á propósito para obrar sobre el alma con la mayor prontitud.

Todo motivo que inclina la voluntad tiene su origen en el presentimiento de que esta ó la otra accion será seguida de tales ó tales efectos. Estos como hemos visto (39) son, ó necesarios, es decir, inseparables de la accion, ó accidentales que dependen de causas extrañas al que obra, contingentes y mudables; y sobre todo de los juicios y de las acciones de los demas. Los efectos necesarios producen dos especies de placeres, los unos por el conocimiento de la relacion con nuestro bienestar, y los otros por el de su conformidad con la intencion y la voluntad del criador. Los motivos que se sacan de los efectos accidentales no son reprehensibles, por que provienen de la union estrecha que tienen los hombres entre sí, y con las demas criaturas. Por eso hemos dicho que los bienes perecederos y cuya adquisicion no depende de nosotros sino de la fortu-

na, pueden ser deseados sin crimen, y contribuir á nuestra felicidad (63). Pero estos motivos nunca tienen tanta fuerza como los que se sacan de los efectos necesarios, los cuales producen aquellas dos clases de placeres que hemos indicado; porque su impresion en todo tiempo y lugar es tal que puede hacernos entrar en el camino de nuestra felicidad. Asi se les mira con justa razon como mas nobles y mejores. Por el contrario se entibia la actividad del alma y se disminuye su fuerza y su valor, cuando no descubre mas que una débil esperanza de gozar de bienes frágiles y perecederos, que son el único objeto actual de sus deseos. Es preciso pues que nos penetremos de tal modo de los primeros que nunca lleguen á ser los últimos el solo motivo de nuestra determinacion.

198. No basta conocer y aprobar las grandes máximas que dan un mérito real á las acciones buenas, aún cuando no ha-

yan sido recompensadas, ni premiadas con los honores que merecian. Es preciso ademas hacer fructificar estas semillas de virtud. El medio de conseguirlo es adquirir la facilidad de juzgar bien en el discernimiento que hagamos de las causas de los placeres verdaderos y falsos, y la de elegir sin disgusto lo que es bueno y agradable á Dios.

199. La *virtud* es aquella fuerza del alma que consiste en distinguir fácilmente el bien del mal, y en permanecer en la firme resolucion de egecutar siempre el primero por que es conforme á la voluntad de Dios, y por consiguiente útil á nuestra felicidad.

Asi la virtud no consiste en conformarse con reglas arbitrarias adoptadas por algun pueblo ó grande sociedad para dar á las acciones la gloria ó el vituperio. Esta idea de la virtud es tan comun como peligrosa. *T. Para los espíritus fuertes no hay buena moral sino prescinde de la re-*

ligion ; pero nosotros que acabamos de ver en la seccion anterior la necesidad que de esta tenemos para nuestra felicidad y que nos hemos convencido de que ella extiende sus límites mas allá del sepulcro, inferimos cuán poco se estiman aquellos talentos alucinados. La diferencia del bien y del mal repito que está fundada sobre la naturaleza, que es inmutable (29), y no sobre opiniones inciertas , ni sobre la apariencia de alguna utilidad pasagera (44) y menos sobre leyes imaginadas por la ambicion que se vale de la intriga , cuando no la es oportuna la fuerza para hacerse obedecer.

La virtud es una ; sin embargo se encuentran varios grados en ella, porque unos tienen mas facilidad que otros para conocer el bien , y mas firmeza en la resolucion de practicarlo. Ademas de que segun el proceder del hombre se infieren pruebas mas ó menos evidentes de que los atractivos del vicio no siempre son capaces de

apartarnos del camino recto.

Es cierto que se cuenta un gran número de virtudes, pero esto nada mas significa sino que la virtud produce diferentes efectos, y nos conduce á acciones libres de diversas especies, cuya analisis en la parte mas principal queda ya demostrado.

T. Por eso no puede llamarse virtuoso el que no posee aquella fuerza de alma en que consiste la virtud respecto de todos los bienes propios para la felicidad. La verdad de esta doctrina está bien patente en la del mismo Jesu-Cristo que nos advierte será reo del castigo eterno el que quebrante un solo precepto, aunque observe los otros nueve de la ley escrita, confirmados por la de gracia.

La definicion que dá Aristóteles de la virtud diciendo es la medianía que consiste en evitar lo mucho y lo poco, es tan vaga é impropia que no merece nos detengamos en refutarla.

200. Jamás convendré con la opinion de

aquellos que excluyen de la idea de la virtud el deseo de hallar en sus buenas acciones la alegría de una conciencia igualmente buena. La moral debe ser conforme á la naturaleza que nos inspira el anhelo por un tal placer (63 y siguientes).

T. »Los puristas son tan enemigos del dogma católico como cualquiera otra secta de herejes.»

No es propio de la moral entrar en la cuestion teológica de si se dan actos indiferentes; así solo dirémos que hay unas ciertas acciones que parece deben ser colocadas como entre la virtud y el vicio, y por cuya práctica no se puede considerar al hombre ni como virtuoso ni como vicioso, puesto que para lo primero necesita ser conducido por los motivos mas perfectos, y para lo segundo por aquellos que solo son á propósito para ir contra su propia felicidad. Sin embargo es preciso convenir en que se observa mas la repetición

de estas acciones en el hombre vicioso que en el verdaderamente dedicado á la virtud.

201. La virtud, ni menosprecia, ni busca únicamente las recompensas pasajeras. Contenta con la que halla en sí misma, es siempre activa y uniforme, y pone al alma en un estado de que jamás se puede arrepentir. Ya no es extraño que sean tan grandes sus ventajas.

Con efecto la razon que consulta la naturaleza de las cosas, y la esperiencia que nos enseña á conocer las causas por los efectos estan de acuerdo para convencernos de que la virtud es bella é inseparable de la felicidad del hombre. Digamos pues con Juvenal que no hay seguramente sino un medio de vivir tranquilo, y que este es el ser virtuoso.

202. La virtud es bella, por que de la armonía y concierto formado por las diferentes acciones de la vida resulta un todo regular, que puede ser considerado por

el alma mas ó menos tiempo, aunque siempre sin fatiga, de un modo claro y agradable, descubriendo en él cada vez que se reflexiona alguna cosa de nuevo que es infaliblemente seguida de placer. Este es el carácter de la belleza, que se llama moral respecto de la virtud, para distinguirla de todas las demas especies.

Todos deseamos ver no solo una vida siempre igual en medio de la variedad de los negocios, sino aún los motivos nobles que son el principio de esta uniformidad. ¿A quién no causa placer un hombre de bien? Llamo hombre de bien á aquel que es lleno de confianza en Dios, é inflamado por el noble deseo de obligar á sus semejantes, es indulgente con los otros, severo para consigo mismo, honesto sin el menor motivo de interes, constante á prueba del temor y de la seducción, ni deshonrado por la codicia, ni atormentado por el excesivo deseo de la gloria, de los honores, y de la dominacion; tal en fin

que como el oro en el crisol, brilla con mucho mayor resplandor despues de haber sido purificado por el fuego de la adversidad, pues sintiendo entonces su dignidad y la elevacion de su alma, se respeta á sí mismo (47).

Este retrato del hombre de bien por la disposicion esencial de nuestra alma no puede menos de excitar en ella un sentimiento de placer mas vivo que todas las bellezas físicas que puedan presentársela (47).

Ademas del sentimiento de amor que inspira la virtud, produce la admiracion y el respeto (47) y para esto no es necesario considerar demasiado sobre la grandeza y utilidad de sus efectos; pues á primera vista nos descubre una superioridad que hiere agradablemente al alma y la imprime desde luego aquellos sentimientos sin dar lugar al racionio.

La prueba mas conducente de lo indispensable que es ceder al respeto que ins-

pira la virtud, está en el tributo que á pesar suyo la rinden los enemigos del hombre de bien, no pudiendo hacerse insensibles á la belleza de las buenas acciones, oprimidos por una fuerza secreta hasta tener que respetar á aquel que aborrecen, no pueden sostener largo tiempo los combates de un corazon agitado. Asi, ó cesan de aborrecerle, ó si no pueden vencer su odio, buscan medios de hacerse una cierta ilusion sobre su mérito, para substraerse de la necesidad de tributarle sus respetos: atribuyen á mala intencion ó á motivos muy bajos las acciones mas inocentes: dicen que deslumbran por su falsa brillantez, y llaman por fin aquella virtud de teatro, esperando por tan indigno medio hacer á su enemigo, verdaderamente respetable, tanto mas acreedor al menosprecio, cuanto mas fácilmente lleguen á persuadir que el brillo de su virtud solo era ilusorio, y engañoso.

203. Jamás es desgraciada la virtud. El

hombre verdaderamente virtuoso, y que se halla con tal disposicion de corazon que cada vez se reconoce con mas fuerzas para resistir al atractivo del vicio, nunca tiene el mas mínimo motivo de avergonzarse de sí mismo, cualquiera que sea la situacion en que le coloque la providencia.

Yo sé muy bien que há pasado casi á axioma comun que los buenos padecen en el ínterin los malos disfrutan de la prosperidad; pero, ó se pronuncian estas palabras dejándolas vacias de todo sentido, ó no se hace la reflexion debida sobre la felicidad que puede disfrutarse en medio de los dolores (21. 89.) Si la fortuna se obstina en barrenar los designios del hombre de bien, este sin duda podrá caer en la afliccion; pero en la inquietud, de ningun modo. El puede compensar con ventajas el vacio que le ocasiona la adversidad, ó la privacion de los bienes exteriores con la memoria de los placeres pasados, con

la paz y tranquilidad que procura la esperanza de un futuro necesariamente feliz, y sobre todo con el sentimiento agradable de aquella fuerza de alma que constituye el carácter del hombre virtuoso.

204. Puesto que la virtud es bella y feliz, debemos buscar en la razón y la experiencia los medios de hacernos virtuosos. Para ello se necesitan tres cosas; á saber, juzgar sanamente del bien y del mal, ser conducido por motivos nobles, y saber decidirse prontamente por estos para elegir, y hacer siempre lo que conviene á nuestra felicidad.

Hemos indicado anteriormente los caracteres que distinguen los juicios sanos de los defectuosos acerca del bien y del mal. (74. 75.) Hemos manifestado tambien las causas de aquella especie de languidez que sigue al conocimiento cierto y distinto del bien (78). Asi es preciso que ahora examinemos como se puede adquirir una felicidad constante de juzgar sa-

namente del bien, y del mal, y de estar siempre firmes en aquel, una vez conocido.

205. Toda facilidad, tanto del cuerpo como del espíritu, se adquiere por el ejercicio. Siempre experimentamos trabajo en emprender lo que hacemos rara vez, y nos cuesta dificultad el llegar á concluirlo. El ejercicio pues es preciso para adquirir la facilidad de hacer el bien, y la de desealarla.

Lo primero no puede conseguirse sino evitando ó reformando todo cuanto puede corromper nuestro juicio, para lo cual se debe ánte todas cosas prevenir los efectos de la educacion, tanto pública como particular. Queda demostrado (35) que las preocupaciones de familia, de nacion y las que son propias de los directores y encargados de los primeros años de nuestra educacion se substituyen, frecuentemente al conocimiento del bien verdadero, dándonos falsas máximas de conducta que empezamos desde luego á seguir como reglas

ciertas é indudables.

T. *De aquí provienen los males mas irremediabiles en lo sucesivo, entre los cuales ocupan justamente el primer lugar los que resultan del mal método con que somos dirigidos en un principio en la educacion religiosa, cuyo influjo en las costumbres entre los católicos será sumamente grande, supuesto que la historia y la esperiencia nos acreditan el que los falsos cultos han tenido en las de sus naciones respectivas. La religion pues debe ser el punto principal de nuestra educacion moral. Los principales atributos de Dios, la espiritualidad, la libertad, la inmortalidad del alma, son verdades de sentimiento, pero que pocos hombres conocerian si no se les inculcasen por todos los sentidos. Instrucciones frecuentes y reiteradas, acciones relativas á ellas, usos conmemorativos, ceremonias que hablan, símbolos que atestiguan los sucesos pasados, nombres expresivos que despiertan la me-*

moria de los dogmas, y de los hechos: hé aquí lo que instruye al hombre en la religion. Este ha sido su language; en él se debe ejercitar á los niños, que aunque no puedan formar de Dios una idea tan acendrada como un teólogo, ni comprender las verdades sublimes como un profundo filósofo, puede sin embargo hacer uso de su sentimiento interior, y aún del racionio. Pero la falta de instruccion, el gusto dominante de la estrañeza, la singularidad del carácter, un celo importuno (191) y acaso un cierto interes variado de distintos modos impiden á los que dirigen á los niños, ó les hacen olvidar voluntariamente de que la religion verdadera está cimentada sobre el amor y la caridad, que atiende á la fragilidad del hombre, y le mira y auxilia segun sus distintas constituciones, sin hacer en él mas diferencia que la que se adquiere por la práctica de la virtud; que sus leyes son muy conformes á nuestra naturaleza, y que

solo en los casos necesarios (cuyo conocimiento es privativo de su divino legislador) obra sobrenaturalmente. La crítica juiciosa de los católicos, la impiedad en los instruidos, y la superstición en los ignorantes son las utilidades que han resultado hasta ahora de el perverso método de educar en la religión á los niños, considerándoles como unas máquinas, que solo deben ser movidas á nuestra voluntad en punto tan importante.

La educación religiosa de nuestros católicos ascendientes se nos presenta de persuasión y convencimiento á proporción que mas se acerca á su origen: la observamos de mecanismo y de costumbre segun mas nos alejamos de sus primitivos tiempos. En aquellos felices siglos de la iglesia oigo á los infantes contestar á todos los lugares de la escritura de que hacian mencion sus pastores en sus catequisis, y en sus homilias: Veo á los rústicos acompañando á las personas ecle-

siásticas en la recitación de los salmos: observo las escuelas públicas de religion y moral presididas por los obispos ó por sus comisionados, y noto tantas particulares enseñanzas, cuantas eran las familias. Entonces la lectura de las santas escrituras era su ocupacion en el ocio: la explicacion que de ella recibian de los eclesiásticos instruidos les daba su verdadera inteligencia: su sólida fé les evitaba las cavilaciones impertinentes, y el inevitable convencimiento de la verdad gustosamente les imbuia en la práctica de una moral envidiable. Aún cuando no se ocupáran los niños tan frecuentemente en la lectura de los libros sagrados, aún cuando no fueran tan repetidos por ellos los actos del culto externo, bastaria se les dedicase al conocimiento y práctica sólido de la religion todo aquel tiempo que gastan lastimosamente en llenar sus cabezas de ideas pueriles y de pensamientos extravagantes. Con esto se daría por

contenta la iglesia que sin fruto, aunque con suma justicia se queja de nuestra ceguedad que tan fatalmente há combinado las circunstancias para constituirnos en la mas execrable ignorancia de materia que tanto nos interesa.

Un niño asi cimentado en la religion, y dirigido tan sólidamente desde su infancia hácia la virtud, nada mas tiene que hacer para aprovechar en ella que no volver atrás los pasos que en su camino dió en los primeros años de su vida. Para conseguirlo con conocidas ventajas es esta la época en que se puede y debe hacer el uso mas oportuno de la natural curiosidad y propension á imitar que siempre se observa en el hombre, alimentando aquella con gran prudencia, y excitando esta con suma precaucion.»

Esta curiosidad y deseo de imitar natural á los niños (35) tiene la fuerza de contra balancear las inclinaciones, de domarlas oponiéndolas las unas á las otras,

y de hacer que alguna de ellas venga á ser dominante no menos por el hábito que por los preceptos y los ejemplos, pues estan grande su imperio que hace callar á la razon aún quando el hombre se halla ya en estado de hacer uso completo de sus raciocinios.

206. Si la educacion tiene mucha influencia para corromper el espíritu, no la tiene menor para formar y darle la facilidad de juzgar sanamente del bien. Por eso los que tienen á su cargo empleo tan importante deben velar en la disposicion del cuerpo mas á propósito para proporcionar al alma á recibir ó desechar lo que debe, supuesta la dependencia recíproca que entre estas dos partes hemos advertido.

Una educacion afeminada no solo impide al cuerpo adquirir el rigor suficiente, sino que acostumbra al alma á desechar toda regla de conducta que exija pena, trabajo y firmeza en los contratiempos.

El hombre molemente educado jamás se determinará (ó solo muy difícilmente, y con lentitud) á das empresas en que sea necesaria la intrepidez y vigor para formar la constancia, para sufrir las adversidades, y la fuerza para omenospreciar los peligros.

Sobre todo es necesaria la educacion varonil á los destinados á la profesion militar. Minos y Licurgo obligaban al trabajo á todos los hombres y mugeres por que querian formar de ellòs otros tantos ciudadanos, capaces de arrostrar cualesquiera clase de peligros en defensa de la patria. Los Lacedemonios conducian á sus tiernos hijos cerca de un altar donde les hacian crueles heridas hasta que derramaban mucha sangre, ocasionándoles algunas veces la muerte.

T. Pero esta conducta era demasiado patriótica, por no decir inhumana.
 207. Para ayudar á los niños á distinguir con facilidad y prontitud el bien del

mal es preciso evitar que contraigan el hábito de juzgar de lo bueno y de lo malo por la opinion de sus iguales, por el provecho que les resulta, y por la grandeza de las recompensas que tienen esperanza de recibir. Sobre todo debe tenerse presente que las malas compañías, y los libros perniciosos son comunmente los dos escollos de la juventud mejor cimentada.

T. »La poca filosofía, y menos propiedad en la eleccion de los términos, há adoptado tener por malas compañías á cierta especie de hombres, que acaso no son los que ocasionan mas perjuicios á nuestra conducta, al mismo paso que se cuenta en el número de los buenos, y aún de los virtuosos, á los avaros, á los ambiciosos, á los detractores, á los vengativos, á los supersticiosos, y á los fanáticos, y me atrevo á decir que á los libertinos é irreligiosos disimulados. Esta equivocacion por cierto es muy transcendental, pues deben tenerse por malas compañías todas aquellas personas cuyas acciones é ideas son opuestas

al moral proceder que estamos obligados á observar.

Esto mismo en cierto modo puede aplicarse á los libros que casi por las mismas causas se consideran perniciosos, pues no son otra cosa que la pintura de nuestros pensamientos y el retrato de nuestras ideas en sus principios, y en sus consecuencias.

Justa pues será la prohibicion meditada de cierto género de libros. Todo el órden civil en general, y cada parte suya en particular tiene sumo interes en reprimir demonstraciones exteriores de sentimientos opuestos á su culto, y á sus relaciones.»

208. En ninguna de estas medidas adoptadas para la educacion deberá cargarse la memoria de los niños de preceptos mal esplicados ó poco comprendidos, antes bien se procurará evitar la fatiga de sus espíritus aún recientes, y nada susceptibles de una larga atencion á profundos racionios, mucho mas cuando estos son enunciados

con un tono demasiadamente sério. La debilidad de aquella edad les inspira aversion y disgusto á todo lo que es difícil de entender: así los que continuamente emplean el terror de las penas para conducirlos, no sacan otra ventaja que hacer insoportables sus consejos, y obligarles á mirar toda regla como una carga pesada de la que se aliviarán inmediatamente que puedan.

209. Una vez llegado el hombre á la edad de la reflexion, cuando su razon está mas descubierta, debe trabajar por un continuo ejercicio en adquirir mas y mas la facilidad de juzgar sanamente de las cosas.

Para ello comenzará sujetando á un nuevo exámen todas las opiniones que ha recibido en su infancia, y que há mamado, por decirlo así, con la misma leche.

Traerá á la memoria las principales épocas de su vida, y usará ademas del sábio consejo que los Estoicos tomaron de Pitágoras, de darse á sí mismo cuen-

ta de sus acciones diarias. Esta práctica no solo le servirá para corregir los defectos en que haya caído, sino que bien observada le proporcionará gran facilidad para evitar el error en lo sucesivo, siempre que se halle en las mismas ocasiones, y circunstancias.

La atención que ponemos en los juicios que los demás dan sobre nuestras acciones, y las de cualesquiera otro, es muy racional y útil para nuestra conducta, pues por poco justas que sean, siempre sacamos de ellas la ventaja de no confiar demasiado en nosotros mismos, cuando vamos á decidirnos. Es también muy ventajoso el leer y oír hablar frecuentemente de cuestiones de moral, con tal que usemos la debida precaución (207) en el exámen y discusión de las opiniones opuestas.

Pero nada es más útil que los consejos de un verdadero amigo. Por desgracia es tan fundada como universal la queja de ser casi moralmente imposible hallar uno que

con justicia merezca este nombre.

Ultimamente, el que con toda sinceridad desea corregir su conducta se aprovecha aún de la mala disposición de sus enemigos, que ciegos ordinariamente con respecto á sus propios defectos, tienen unos ojos de lince para tildar los mas mínimos de aquellos que no les agradan.

210. La segunda parte de la virtud que consiste en una disposición, y en una facilidad habitual de hacer el bien que se conoce (205), está inmediatamente unida con la primera. Para adquirirla es preciso procurar apartar de sí, ó destruir cuanto se pueda todas las causas capaces de debilitar el alma, y de impedir en ella la práctica de los deberes que há tenido la ventaja de conocer (77).

Los que estan encargados de la educación de la primera edad deben cuidar mucho de que los niños no contraigan ninguna inclinacion dominante. A este fin les negarán algunas veces los placeres mas

inocentes, por temor de que siguiendo siempre su gusto, lleguen á contraer un hábito del que no puedan librarse en lo sucesivo.

Aquel deseo natural de imitar, de que hemos hablado, debe fomentarse por los buenos ejemplos, acostumbrándoles así á darse recíprocas muestras de benevolencia.

Tambien es preciso enseñarles á tener atencion en lo que les sugiere su sentido moral, cuya perspicacia puede aumentarse por nuestros cuidados. Un maestro sábio y prudente debe ser, por decirlo así, la razon de los niños, y dirigir sus instintos naturales del mismo modo que lo hace la razon perfeccionada por la edad y por la experiencia.

211. Para adquirir la facilidad de hacer buenas acciones en los años de la reflexion es preciso estudiarse á sí mismo, su carácter, y sus inclinaciones dominantes, para conocer el grande influjo de estas sobre las acciones (80).

Solo un largo y frecuente ejercicio puede domar una inclinacion dominante: es decir, vencer el trabajo que cuesta practicar alguna accion contraria á esta inclinacion: el racionio nunca será capaz de producir tal efecto. Es preciso acostumbrar al alma á unir la fuerza del instinto natural y de la impresion de los sentidos con el conocimiento distinto y racionado de su deber. Ver el bien y sentirse conducida á egecutarle han de ser en ella dos acciones en un solo tiempo.

De este modo nos acostumbraremos á hallar un verdadero placer no solo en cada accion conforme á la voluntad de Dios, sino en la série constante de una conducta bien arreglada. El hábito de reflexionar sobre sí mismo y sobre la naturaleza de los objetos, y de egecutar buenas acciones, dará al alma la facilidad de conocer lo que es bueno, y de abrazarlo con prontitud al momento que se la proponga.

El que conserva á los motivos nobles

toda su fuerza no hallará dificultad en vencer los obstáculos que le oponga su inclinacion dominante, la cual de otro modo le conduciría á hacer el mal á pesar del conocimiento que tubiese del bien que debia egecutar.

La mayor ó menor fuerza con que dichos motivos influyen sobre el alma es la medida segura de nuestros progresos en la virtud.

No hacemos mencion de otros ejercicios recomendados por los antiguos á el mismo efecto por que no creemos proporcionen las ventajas que aquellos se prometieron.

212. La revelacion (182) que proporciona conocer los entresijos del alma, que despierta sus remordimientos é indica los medios de curar sus llagas, apoya y sostiene con razones mas nobles y mas eficaces cuantos medios hemos propuesto para adquirir la virtud, sin la cual es claro que jamás podemos llegar á la felici-

cidad que naturalmente deseamos (11).

T. *Recelo con sobrado fundamento que esta obra no tenga en el dia la buena acogida que indudablemente merece: ella habla la verdad, la verdad sola y la verdad contra el piélagó inmenso de contradictorias y del todo opuestas opiniones en que por desgracia nos hallamos sumidos en este momento. Por una parte la opinion que cree ir en decadencia se supone á sí misma con una debilidad absoluta, emplea los medios mas esquisitos para sostenerse, y en medio de sus indeterminados planes intenta entrar en el santuario, y aún hacer servir para sus miras, la religion augusta, y á sus ministros siempre respetables. Del lado opuesto la opinion naciente profana á su vez los santos nombres moral; filosofía, bájo cuya egide temible osa encubrir designios realmente opuestos á la noble naturaleza de aquellas. Espíritus tímidos, aunque deseosos del acierto, ceden alternativamente á las instancias, acaso á las*

sujestiones, de la una ó de la otra siendo su vacilante conducta, si yo no me engaño, uno de los obstáculos mas difíciles de vencer por cualquiera autoridad. Un reducido número de séres reflexivos y amantes del órden dirige sus votos al omnipotente por la mas pronta y mas posible felicidad de su patria, y léjos de censurar en secreto las operaciones de los que gobiernan, y mas distantes aún de acriminar en público la conducta de los que han gobernado, ciñe los límites del universo á su plácido retiro.

Observador no menos fiel que imparcial del espíritu español en tales circunstancias, solo veo en él una no interrumpida lucha cuyas victorias son tan efímeras como variadas. En cualquier momento que examine el combate, advierto los ánimos vagamente conducidos, ya por el vil egoísmo, cuando por la abominable ambicion, en no pocos casos por la negra envidia, y aún á las veces por la pérfida venganza,

siempre destructora. Estos enemigos en gese de nuestra felicidad (permítaseme la expresion) emplean para ejecutar disfrazadamente sus planes los mismos medios que se creerían solo á propósito para impedirnos tamaños males, y la sociedad tolera mal empleadas plumas que prostituidas á un sórdido interès ó á falaces esperanzas, emponzoñan y despedazan bárbaramente el hermoso seno de la madre patria. El grandioso palacio, que equivocadamente creían algunos del todo levantado, se desnivela en sus cuatro ángulos al paso que se le nota fuertemente conmovido hasta en sus cimientos mismos: no hay en él una sola piedra que no se halle del todo desquiciada ó que almenos no haya perdido su nivel algun tanto. El techo se desploma, el edificio todo amaga y no habrá un individuo de cuantos en él habitan que mas ó menos deje de participar del terrible estrago de sus ruinas.

El amor puro á la divinidad, el amor

desinteresado y humano de nuestros semejantes, el amor bien entendido de nosotros mismos; la virtud en fin, es la única que puede salvarnos del precipicio. No decidimos si todos los escritos del día la persuaden; pero si podemos lisongearnos de que á su práctica excita dulcemente el que publicamos.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DEL TOMO PRIMERO.

D EDICATORIA.....	Pág.	I
INTRODUCCION.....		V
Plan de unas instituciones de filosofía moral.....		I
Los fundamentos de la Jurisprudencia natural.		
SECCION 1. ^a De la felicidad en general.		79
SECCION 2. ^a Del camino que conduce á la felicidad y de su conocimiento infalible.....		88
SECCION 3. ^a De los oficios que nos debemos á nosotros mismos para conseguir la felicidad.....		109
SECCION 4. ^a De los deberes sociales: ventajas é inconvenientes de la sociedad.		151
SECCION 5. ^a Interes del hombre en ser		

útil á sus semejantes. Amor de estos. Amor de la patria..... 243

SECCION 6ª Union natural y necesaria de la religion con la felicidad del hombre..... 264

SECCION 7ª De la virtud..... 291

I EDUCACION

V INTRODUCCION

..... Plan de unas instrucciones de filoso-

I la moral.....

..... Los fundamentos de la jurisprudencia natural.

.....

79 Seccion 1ª De la felicidad en general.

..... Seccion 2ª Del camino que conduce

..... á la felicidad y á su consecucion-

88 to infalible.....

..... Seccion 3ª De los officios que nos de-

..... benos á nosotros mismos para con-

109 seguir la felicidad.....

..... Seccion 4ª De los deberes sociales:

..... ventajas é inconvenientes de la so-

151 ciedad.....

..... Seccion 5ª Interes del hombre en ser

ERRATAS.

<i>Pág.</i>	<i>Lín.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
16	23	de progresivo.	<i>del progresivo.</i>
id.	id.	del las.	<i>de las.</i>
19	14	de los de los.	<i>de los.</i>
30	14	aquellos.	<i>aquellas.</i>
36	22	(31).	(51).
39	2	su estudio, ocu-	<i>su estudio ocu-</i>
41	22	preciso, pues.	<i>preciso pues.</i>
45	6	los extraños.	<i>las extrañas.</i>
72	13	justificarle el.	<i>justificarle de.</i>
79	16	uno dos.	<i>uno de dos.</i>
80	7	y afectándola.	<i>afectándola.</i>
98	6	tó.	<i>ó.</i>
99	7	y.	<i>ó.</i>
104	6	moral causa.	<i>moral, á causa.</i>
112	10	determinar.	<i>de terminar.</i>
113	3	atenta la.	<i>atenta á la.</i>
119	23	están, no.	<i>están ó no.</i>
129	22	con cierto.	<i>un cierto.</i>
132	23	respeto.	<i>respecto.</i>
140	7	mas, y mas.	<i>mas y mas.</i>
id.	18	hacerle.	<i>hacerse.</i>
153	6	conseguir.	<i>seguir.</i>
154	15	del.	<i>en el.</i>
155	7	felices.	<i>infelices.</i>

155	21	sentírselas.	sentirlas.
196	9	obtener la.	obtenerla.
172	7	desde <i>que parece</i>	desde. <i>no sea</i>
223	12	haciéndolas.	haciéndolos.
229	4	nec esaria.	necesaria.
231	2	adquirirla.	adquirir el.
253	6	que Dios.	de que Dios.
260	19	deberes que.	deberes á que.
278	8	hallar la tal.	hallarla tal.
	9	resta.	recta.
286	17	Dios junto.	Dios, junto.
291	1	obstentacion.	ostentacion.
293	20	mas envidiable	envidiable.
302	3	que se.	que le.
303	22	conducente.	concluyente.
307	1	bien, y del mal	bien y del mal.
	id.	desearla.	desearle.
311	19	sólido.	sólida.
313	20	rigor.	vigor.
		un cierto.	con cierto.
		respeto.	respeto.
		mas y mas.	mas y mas.
		hacerse.	hacerse.
		según.	conseguir.
		en el.	del.
		infelices.	felices.

LISTA

DE LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES.

LEON.

- E**l Excmo. Sr. Marqués de S. Isidro.
D. Juan Rodriguez Radillo, *Visitador de Hacienda pública.*
D. José Lopez Cuervo, *Oficial mayor de la Contaduría del Crédito público.*
D. Diego Blanco.
D. Ramon Argüello, *Abogado.*
D. Luis de Sosa, *Coronel retirado.*
D. Roque de Diego, *Juez de 1.ª instancia.*
Lic. D. Juan de Intriago, *Canónigo Doctoral.*
D. Leon Sierra, *Canónigo.*
D. Ventura Fernandez, *id.*
D. José Rodriguez.
D. Juan Corzo.
D. Juan Bros, *Maestro de Capilla de la Santa Iglesia.*

- D. José Guaza.
- D. Tomás Blanco.
- D. José Agustín Sané, *Oficial en la Contaduría del Crédito público.*
- D. Vicente Francisco Losada.
- El Sr. Cura de Garrafe.
- D. Gabino Montes, *Alcalde 2º constitucional.*
- D. Claudio Mateo Cabañas, *Presbítero Secretario de los Sres. Gobernadores de esta diócesis.*
- D. Julian García Marrón, *Prior de Ruirforco.*
- Lic. D. José María Larne, *Abogado.*
- D. Juan Badillo, *Párroco de Correcillas.*
- D. Nicolás Montejo, *Párroco de Villasariego.*
- Dr. D. Pedro Álvarez Caballero, *Arce-diano de Cea, Canónigo Dignidad de esta Santa Iglesia.*

LOGROÑO.

D. Anselmo Laberia, *Abogado.*

- D. José Peciña.
 D. José Marquez.
 D. José Gonzalo Ruiz de Celada.
 D. Manuel García Marron, *Beneficiado de Zarraton.*
 D. Pedro Quinoces.
 D. Tomás García Marron, *Beneficiado de Castañares.*

O V I E D O .

- D. Felipe Argumosa y Gándara, *Director del Hospicio.*
 D. Francisco Bernardo de Quirós y Benavides.
 D. Francisco Martínez de la Pola, *Capitán de Artillería.*
 D. José Pedregal y Peon.

S A L A M A N C A .

- Dr. D. Ambrosio Velasco, *Catedrático de esta Universidad.*

- Dr. D. Esteban Barrio Ayuso, *id. id.*
- Dr. D. José Perez, *id. id.*
- Dr. D. Juan Poladura, *id. del Seminario conciliar.*
- Dr. D. Manuel Perez, *Rector de esta Universidad.*
- Dr. D. N. Pafrondi, *Catedrático de id.*
- Br. D. Felix Cruett.
- Br. D. Claudio Santana.
- Br. D. Gavino Gasco.
- Lic. N. Esterlino.
- Sr. D. Esteban Megia, *Intendente de esta provincia.*
- Dr. D. Joaquin Quiñones, *Presbítero.*
- D. Carlos Borreguero, *Capellan de coro.*
- Dr. D. Alejo Guillen, *Prior de la Catedral de esta ciudad.*
- D. Cayetano de Zuñiga, *Comisionado principal del Crédito público.*
- D. Julian Martinez de Cepeda, *Contador de id.*
- D. Máximo Martinez, *Cursante en esta Universidad*

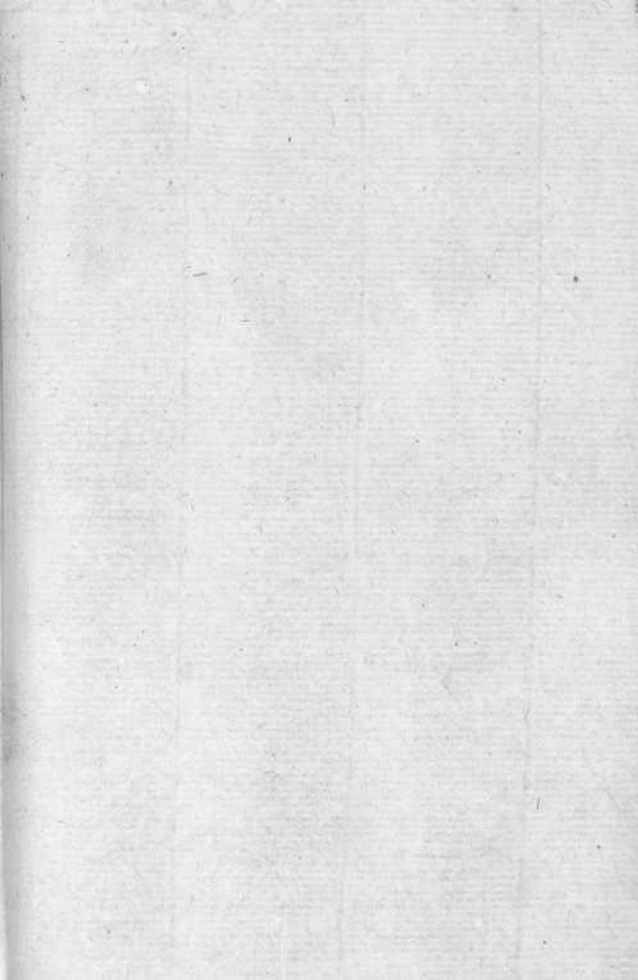
- D. Manuel Gomez Mendoza, *id. id.*
D. Manuel Romero, *id. id.*
D. José Muñoz de Guerra, *id. id.*
D. Agustin de Alcalá, *del comercio.*
D. Carlos Lopez del Oyo, *Alferez del cuerpo N. de Artillería.*
Sr. Juez de 1.^a instancia de esta Ciudad.
-

En el tomo segundo se publicará la lista de las demas provincias y la de la corte.

D. Manuel Gomez Manojos id. id.
D. Manuel Romero, id. id.
D. José Muñoz de Guaymas, id. id.
D. Agustín de Alcaide, del comercio.
D. Carlos Lopez del Cero, Alferrez del cuer-
po N. de Artillería.
Sr. Juez de 1.ª instancia de esta Ciudad.

En el tomo segundo se publican de la his-
ta de las demas provincias y de la corte.

Dr. D. Juan Manuel de Guaymas, Jefe de la
provincia.
Dr. D. José María Quintana, Jefe de la
D. Carlos Enriquez, Jefe de la
Dr. D. Alfo Guillen, Jefe de la
Jefe de esta ciudad.
D. Cayetano de Zúñiga, Comisario pro-
vincial del Crédito público.
D. Julian Martínez de Cepala, Comisario
de id.
N. Mariano Martínez, Comisario de id.
Universidad

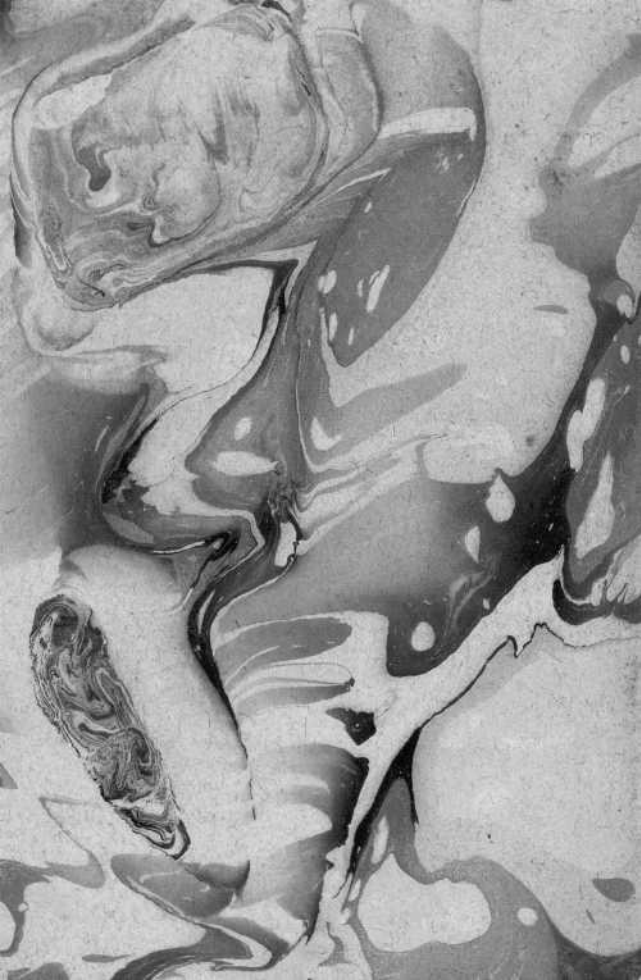


The first part of the report is devoted to a description of the general conditions of the country, and to a statement of the progress of the various branches of industry and commerce. It is followed by a detailed account of the state of the different departments, and of the measures which have been taken to improve them. The report concludes with a summary of the principal results of the year, and a statement of the resources and prospects of the country.

The second part of the report contains a list of the names of the various departments, and of the persons who have been appointed to the different offices. It also contains a list of the names of the various institutions, and of the persons who have been appointed to the different offices. The list is arranged in alphabetical order, and is followed by a list of the names of the various institutions, and of the persons who have been appointed to the different offices.

The third part of the report contains a list of the names of the various institutions, and of the persons who have been appointed to the different offices. It also contains a list of the names of the various institutions, and of the persons who have been appointed to the different offices. The list is arranged in alphabetical order, and is followed by a list of the names of the various institutions, and of the persons who have been appointed to the different offices.









60

JURISPRU
DENTIA
NATURALI

I

6269